

1-2004

Cuaresma 2004

Robert P. Maloney C.M.

Follow this and additional works at: <https://via.library.depaul.edu/vincentiana>



Part of the [Catholic Studies Commons](#), [Comparative Methodologies and Theories Commons](#), [History of Christianity Commons](#), [Liturgy and Worship Commons](#), and the [Religious Thought, Theology and Philosophy of Religion Commons](#)

Recommended Citation

Maloney, Robert P. C.M. (2004) "Cuaresma 2004," *Vincentiana*: Vol. 48: No. 1, Article 24.
Available at: <https://via.library.depaul.edu/vincentiana/vol48/iss1/24>

This Article is brought to you for free and open access by the Vincentian Journals and Publications at Digital Commons@DePaul. It has been accepted for inclusion in Vincentiana by an authorized editor of Digital Commons@DePaul. For more information, please contact digitalservices@depaul.edu.

CURIA GENERAL

Cuaresma 2004

A los miembros de la Congregación de la Misión

Mis queridos hermanos:

¡El perdón y la paz del Señor estén abundantemente con ustedes durante este tiempo de Cuaresma!

Los cuatro evangelios describen la misma cruda imagen de la muerte de Jesús: muere crucificado entre dos criminales, uno a su derecha y otro a su izquierda. Pero, mientras que Marcos, Mateo y Juan no dicen casi nada sobre los dos criminales, Lucas les otorga un papel de actores en el dramático episodio. De hecho, esta escena es el cambio lucano más largo e importante de la historia de la crucifixión. Habitualmente nos referimos a su personaje principal como al “buen ladrón”, si bien Lucas no lo llama ni “bueno” ni “ladrón”. Mientras que Marcos y Mateo describen a los dos hombres crucificados junto a Jesús como “bandidos”, Lucas se refiere a ellos simplemente como “malhechores”, quizás porque, siendo el evangelista que más subraya la mansedumbre, quiere evitar colocar a Jesús en una compañía violenta en el momento de su muerte.

Posteriormente, la tradición dio diversos nombres a estos dos malhechores (Joatas y Magatras, Zoatán y Camma, Tito y Dúmaco, Dimas y Gestas). Hoy día, la mayoría de estos nombres se han olvidado, pero quizás algunos lectores aún recuerden al buen ladrón como “Dimas”. El calendario litúrgico romano asignó a ese nombre un día de fiesta, el 25 de marzo, considerado en otro tiempo como el día de la crucifixión de Jesús, pero actualmente celebrado como la fiesta de su encarnación. Una encantadora leyenda, que se encuentra en uno de los evangelios apócrifos, narra que cuando la Sagrada Familia bajó a Egipto les atacaron dos ladrones. Uno, sin embargo, se detuvo inmediatamente al ver las lágrimas que brotaban de los ojos de María. Fueron estos mismos ladrones (ahora capturados ejerciendo su oficio en Jerusalén), así continúa la historia, quienes fueron crucificados con Jesús. El conmovido por las lágrimas de María era el buen ladrón, el que estaba a la derecha de Jesús.

Pero los evangelios guardan silencio sobre el pasado y la vida personal de los malhechores. En una primera lectura, el diálogo de la historia de Lucas parece simple y directo; pero, sin embargo, está lleno de sutiles matices. Uno de los malhechores, dice el evangelista, se une a los que blasfeman contra Jesús: “¿No eres tú el Mesías? Entonces, sálvate a ti y a nosotros”. Pero el “otro malhechor” (Lucas nunca pasa más adelante al calificarlo) reprende a su compañero: “Y tú, que sufres la misma pena, ¿no respetas a Dios?. Lo nuestro es justo, pues recibimos la pena de nuestros delitos; éste, en cambio, no ha cometido ningún crimen”. Observen que en la escena de la crucifixión de Lucas, el buen ladrón desempeña el papel de testigo de la inocencia de Jesús. Posteriormente, un segundo testigo, el centurión, confirmará el juicio del buen ladrón afirmando: “Realmente este hombre era inocente” (Lc 23,47).

Ahora aumenta el drama, cuando el buen ladrón habla directamente al Señor crucificado: “Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino”.

“¡Jesús!”. Esta forma de dirigirse al Señor resulta sorprendente por su gran intimidad. En ningún otro lugar de los cuatro evangelios, nadie se dirige a Jesús usando simplemente su nombre, sin añadir ninguna otra expresión de reverencia. Lucas está aquí usando un recurso artístico para expresar la autenticidad de la petición del malhechor. Pero vean también la ironía: para Lucas, la primera persona que tiene la confianza para hablar tan familiarmente con el Señor es un criminal condenado, que es al mismo tiempo la última persona que habla con Jesús antes de su muerte. Expresa su petición usando el término de “acuérdate”, una palabra favorita en Lucas y que se encuentra en las antiguas lápidas judías: “Acuérdate de mí”. En contra de todo lo esperado, este malhechor, oyendo las burlas dirigidas a Jesús como “Rey de los Judíos” y concluyendo que se estaba cometiendo una injusticia, cree que Jesús reinará realmente en un reino y humildemente le pide que se acuerde de él.

Jesús responde con la expresión “Amén”, la única vez que se usa esta fórmula solemne en el relato lucano de la pasión y también la sexta y última vez que se usa en el evangelio. Aquí, esta solemne fórmula abre camino a la concesión del don gratuito del perdón de Dios. La palabra garante de Jesús va más allá de cuanto el malhechor (o el lector) pudiera haber imaginado: “En verdad (amén) te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso”. Se concede mucho más de cuanto se pide. La respuesta incluye no sólo el perdón, sino también la intimidad: estarás *conmigo*. El buen ladrón, en compañía de Jesús, disfrutará de la plenitud de la felicidad con Dios.

Permítanme ofrecerles dos breves reflexiones sobre esta extraordinaria historia, llena de sabor lucano.

1. Creemos que la gracia es puro don. Dios la concede gratuita y abundantemente. Nosotros no la ganamos; respondemos a ella. En su nivel más profundo, la gracia es *presencia de Dios*, ofrecimiento de Dios de su amor personal y de su autocomunicación. El don es el donante. Dios toca nuestros corazones y suscita, incluso crea, una respuesta en nuestro interior.

Pero es importante notar que este don no es simplemente una realidad invisible; se presenta, bien al contrario, en formas muy concretas. Los evangelios nos recuerdan esto una y otra vez. Para el buen ladrón de la historia de Lucas, Jesús es gracia. Casi se puede imaginar a este “otro malhechor” estudiando a Jesús y llegando lentamente a la conclusión de que el hombre que está junto a él no sólo es inocente de un crimen capital, sino que es verdaderamente bueno. De hecho — este pequeño detalle pasa con frecuencia desapercibido — Lucas da al buen ladrón más tiempo para observar a Jesús que cualquiera de los otros evangelistas, porque en su evangelio (diverso del de Marcos, Mateo y Juan) los dos malhechores recorren con Jesús todo el camino de la cruz antes de morir con él (Lc 23,32). La bondad que ve en la persona de Jesús toca el corazón del buen ladrón y suscita una respuesta: “Jesús, acuérdate de mí”.

¿No es así como también la gracia actúa en nosotros? La gracia, ¿no entra en nuestras vidas a través del testimonio de fe de otros, sean éstos nuestros padres o un entregado servidor de los pobres o un enfermo que lleva su enfermedad con fe firme, o a través de la vida de un santo o de la muerte de un mártir que hayamos leído? Los signos del amor de Dios, que llamamos “gracia”, están bien a la vista a nuestro alrededor. Lo que llama la atención en la historia del buen ladrón es que éste no se repliega sobre sí mismo en el que ciertamente debió ser, al irse apagando su vida, un momento desesperadamente sombrío. En vez de hundirse en la depresión o la desesperación, ve la bondad misma en la persona de Jesús y dirige una súplica esperanzada: “Jesús, acuérdate de mí”. Ve la gracia personificada y responde a ella.

2. Mi segunda reflexión también es muy lucana. Existe algo increíblemente humilde en este “otro malhechor”. A diferencia de su compañero, él reconoce la verdad de su propia situación. Su sobrio análisis fue, sospecho, escandaloso tanto para el primer malhechor como para los que estaban allí presentes: “Lo nuestro es justo, pues recibimos la paga de nuestros delitos; éste, en cambio, no ha cometido ningún crimen”.

Thomas Merton escribió en una ocasión: “Al decir la verdad, nos hacemos verdaderos a nosotros mismos”. La verdad se encuentra en el centro de nuestro ser, forcejeando por manifestarse. Cuando expresamos la verdad, comenzamos a construir nuestro propio yo verdadero. Así le sucedió al buen ladrón. Atraído por la

inocencia y la bondad del Señor, reconoció su propio vacío y, precisamente al hacerlo así, fue capaz de ver, oír, recibir y ser llenado. En la súplica del buen ladrón existe una sonoridad humilde y a la vez afectuosa: “Jesús, acuérdate de mi cuando llegues a tu reino”. Y la cálida respuesta de Jesús es otro testimonio más lucano de que los humildes son exaltados: “Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso”. Como con frecuencia San Vicente recordó a sus discípulos, a los humildes les pueden llegar todos los bienes; en cambio, los orgullosos siempre se quedan vacíos.

Al entrar en nuestro camino cuaresmal, les invito a reflexionar conmigo sobre esta hermosa escena de Lucas. En un tiempo de tanta guerra, tanto terrorismo, tanta hambre, tanta enfermedad y tantas muertes sin sentido, les animo a percibir, como hizo el buen ladrón, los abundantes signos del amor gratuito de Dios aún en medio del sufrimiento. Con ustedes, también rezo para que todos nosotros, en la Familia Vicenciana, sepamos estar ante el Señor, ante los demás y ante los pobres con gran veracidad y humildad. La humildad nos hará capaces de ver a nuestros compañeros de camino como gracia en nuestras vidas, como signos visibles de la presencia y del amor de Dios.

Al acercarse al lugar de la crucifixión, el “buen ladrón” ciertamente debió sentir que esa era su hora más oscura. Pero para él, la luz brilló en la oscuridad. Experimentó lo que al salmista le gustaba cantar (Sal 139,12): “No es oscura la tiniebla para ti, Señor, pues ante ti la noche brilla como el día”. Si en este tiempo de cuaresma estamos ante Dios con humildad, tengo la confianza de que también nosotros gozaremos de la luz del Señor.

Su hermano en San Vicente,

firma autografa

Robert P. Maloney, C.M.

Superior General